
CRISIS, CRITICA Y NUEVOS CAMINOS EN AMERICA LATINA

Ponencia presentada en el Simposio Internacional sobre "Teoría y Realidad de América Latina: 20 años de Pensamiento Económico-Social Latinoamericano" realizado en la ciudad de México los días 26 de febrero al 1º de marzo del presente año, organizado por el Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

El autor, Dr. Domingo Felipe Maza Zavala, expuso los temas tratados incluyendo fenómenos actuales que tienen lugar en la economía contemporánea en Europa Oriental y la América Latina y las nuevas tareas que se le exigen a los científicos sociales y pensadores latinoamericanos para interpretar justamente la compleja y cambiante realidad de la región, en un contexto internacional conmovido y en buena parte incierto. Señaló que hay tres crisis simultáneas en curso: 1) la del capitalismo; 2) la del socialismo denominado real; 3) la de coexistencia entre estos sistemas. Informa que debió haber indicado una cuarta crisis, mas particular, que es la del subdesarrollo latinoamericano. Indica que apenas es necesario mencionar que las orientaciones teóricas y políticas que prevalecieron en la América Latina durante las décadas de los 50 a los 60 —la de la CEPAL, la de la dependencia y la neomarxista—, aunque han dejado un saldo positivo en cuanto a la acumulación de conocimientos, comprensión de la realidad, conciencia de la unidad regional y posibilidad de vías propias para la superación del subdesarrollo, no son actualmente suficientes ni eficientes para servir de paradigmas a nuestros países y es indispensable la creación de nuevos paradigmas, de nuevos caminos, y que en esta búsqueda cada país, dentro de un marco de referencia global, debe encontrar su propia opción.

INTRODUCCION

Los cambios acelerados que ocurren en el mundo -económicos, tecnológicos, geopolíticos- contribuyen a profundizar y complicar el fenómeno de la crisis que padece la América Latina desde hace más de una década. Ante la perspectiva de una nueva integración de la economía mundial y la apertura de una nueva etapa de desarrollo capitalista, esta razón se sumerge más aun en la incertidumbre y las incógnitas de su problema fundamental -que es casi de supervivencia- se multiplican. Quienes han sustentado, o sustentan, la tesis de que el capitalismo está en crisis -en el sentido de decadencia histórica, o riesgo de colapso- deben estar reflexionando críticamente sobre la viabilidad de su pronóstico; quienes sostenemos la tesis de que el sistema capitalista sufre una crisis de transformación que le permita abrir camino a un nuevo desarrollo, tenemos que incorporar en el análisis elementos de la realidad actual y su posible desenvolvimiento, aunque no somos de los que piensan que más allá de esta crisis está el fin de la historia.

La Ideología de la crisis, por tanto, está rezagada ante la explosiva, aunque no sorpresiva, dinámica que sacude los cimientos de la economía política. Una posición posible es la que de que **no hay derrumbe general ni definitivo del capitalismo ni del socialismo**; sólo transformación que resultaría en una nueva estructura de la economía mundial y un nuevo sistema de relaciones geopolíticas y culturales. En el otro extremo, ideológicamente estimulado por los intereses dominantes del capitalismo, podría situarse la tesis

de que la ley marxista del cambio histórico, de la sucesión necesaria de los sistemas de producción y organización social, no se cumple al nivel del capitalismo y, por tanto, no puede existir un cambio más allá de éste, sino dentro de éste. En otros términos, el socialismo marxista, o científico, no tiene posibilidad histórica como se está demostrando, supuestamente, en el abrupto quebranto del proceso de desarrollo no capitalista en la Europa oriental.

En la América Latina la ideología de la crisis también sufre un rezago con respecto a la propia realidad. Si bien los hechos permiten identificar el fenómeno como una crisis, las explicaciones convencionales no son suficientes, ni eficientes, para lograr un diagnóstico que sea útil para la estrategia de superación de la crisis. No obstante, los conocimientos adquiridos desde una óptica latinoamericana, sujetos a una revisión crítica, pueden contribuir significativamente a una renovación del pensamiento económico, social y político, **una nueva ideología de la crisis** que estimule las expectativas de cambio. No sería exagerado decir que estamos en una encrucijada y las opciones no se emancipan de los convencionales. Tenemos una posición clara ante el neoliberalismo y también ante el estatismo reformista; pero no podemos asegurar que tenemos una verdadera alternativa.

El síndrome de la deuda externa condiciona la lucha ideológica y limita el pensamiento renovador latinoamericano. El fenómeno de la deuda, si bien es un elemento importante de la realidad, no es toda la realidad. No hay que desconocer que otros factores y procesos conforman, quizá con mayor significación que la deuda, el cuadro crítico que padece la región; estos abrieron cruce para la deuda en su forma actual. Incorporado el problema de la deuda a la realidad la condiciona sustancialmente. La ideología de la crisis -que de algún modo reemplaza a la ideología del subdesarrollo los últimos diez años- se replantea y organiza en torno

al síndrome de la deuda. Se subordinan ideológicamente los procesos componentes de la realidad cuya dinámica antecede a la deuda y proseguiría sin la deuda. En ese sentido sería lícito hablar de una **crisis de la ideología de la crisis**. En verdad, hay que hablar de otras crisis de ideologías.

CRISIS DE LA IDEOLOGIA DEL DESARROLLO

La crisis global latinoamericana, más allá de los indicadores convencionales, implica la crisis de la ideología del desarrollo, entendida ésta como la supuesta viabilidad y deseabilidad de un cierto desarrollo capitalista, modificado por las particularidades y singularidades de nuestros países, a escala regional y a escala nacional, y la circunstancia de optar con algún rezago histórico a un crecimiento sustentado en la industrialización y la modernización agrícola. Tal opción, eufóricamente escogida en la década de los cuarenta y afirmada en las de los cincuenta y sesenta, ha mostrado drásticamente sus limitaciones al agotarse virtualmente las posibilidades de continuar creciendo "hacia adentro" sin verdadero cambio estructural y al evidenciarse los serios obstáculos de un nuevo "crecimiento hacia afuera", en el contexto de una economía mundial en acelerado proceso de transformación y conmovida por profundas crisis -la de la propia transición capitalista de un patrón de acumulación a otro y la del socialismo "real"- y en la cual ya no tienen cabida las soluciones **linealistas**, o etapistas, que en este caso tomarían la forma de una evolución de la división tradicional, desigual, del trabajo, para comprender la exportación de materias primas de algún grado de elaboración y manufacturas sencillas.

Esa ideología del desarrollo posible dentro de los lineamientos estructurales del capitalismo, con reformas institucionales o funcionales más o menos significativas para "modernizar" la economía y la sociedad, considera en orden

lógico de transformación la expansión del mercado interno, como fuerza innovadora del crecimiento mediante el proceso de sustitución de importaciones por la producción del país, lo cual, en principio, tiene fundamento. Sin embargo, al mantenerse los vínculos con la economía internacional, sin mecanismos selectivos y ordenadores que permitieran organizar un patrón de inversión, de producción y de consumo en concordancia con una jerarquía racional y autónoma de necesidades y un esquema de disponibilidad de factores y recursos, la situación siguió la pauta de la importación, lo que implica la continuidad de los procesos emergentes de los centros industrializados del sistema: la tecnología intensiva en capital, la prematura obsolescencia de medios de producción, la prevalencia de mercancías para satisfacer necesidades no esenciales, la economía del desecho en suma. Por ello los efectos transformadores y dinamizadores iniciales pronto se agotaron y se hizo indispensable cada vez más la exportación tradicional primaria, para obtener capacidad para importar los medios y objetos de producción requeridos por la operación productiva y el pago de los servicios tecnológicos utilizados. Al no profundizarse el crecimiento del mercado interno mediante una distribución progresiva del ingreso y la masificación de la demanda de bienes y servicios, aquel proceso entró en una fase de estancamiento que se hizo presente a fines de la década de los sesenta. Por otra parte, la modernización de la agricultura sin una reforma agraria profunda y con dependencia casi completa de suministros externos, frustró la posibilidad de transformación de un sector agrícola que asegurará, por una parte, el abastecimiento esencial de alimentos y materias primas orgánicas, y por la otra, un segmento de mercado interno para la producción industrial, a manera de integración interproductiva.

Tardíamente se entendió, por el imperativo de los hechos, que sin un proyecto autónomo de desarrollo la vía capitalista dependiente sólo podía conducir a la crisis. Se inten-

tó fortalecer este proceso, el de la industrialización sustitutiva, con la integración económica regional, en cuyo proyecto se reprodujo, con variantes, la idea estratégica de la expansión del mercado como fuerza innovadora y transformadora en sí misma, sin cambio estructural. La crisis de la década de los ochenta puso en evidencia el fracaso de ese proyecto, que la propia crisis ha acentuado. Así, la ideología del desarrollo en la periferia, como capitalismo subordinado a la dinámica de los centros, **sufre la crítica de la crisis** y el reformismo desarrollista/populista queda indefenso ante los ataques del neoliberalismo.

OBSTACULO AL CRECIMIENTO "LINEALISTA"

La orientación unidireccional del crecimiento económico ha sido una característica latinoamericana desde la colonia hasta nuestros días. En verdad, puede observarse un movimiento cíclico de largo alcance tomando como eje a la variable mencionada: coetáneamente con el predominio del mercantilismo europeo occidental y luego con el liberalismo anglocéntrico, hasta la primera guerra mundial, la dinámica del crecimiento en la región consistió en el impulso a la exportación primaria, de cuyas variaciones dependía el curso de la economía interior, con la excepción -en la mayoría de los países- del sector de subsistencia, cuasicerrado, vegetativo: la edad de oro de esa forma de crecimiento dependiente fue la comprendida entre la década de los sesenta del siglo XIX y la víspera de la primera guerra mundial; la gran crisis capitalista de 1929 y la subsiguiente depresión de los años treinta quebrantó parcialmente el sistema de economía internacional basado en la división clásica del trabajo entre exportadores primarios y exportadores de manufacturas: en la América Latina, de manera desigual y con desfases entre países, se intentó sustituir la dinámica del crecimiento exógeno (hacia afuera) por la del crecimiento endógeno (hacia adentro), mediante la orientación al mercado interno, con

énfasis en la industrialización sustitutiva de importaciones, lo que fue particularmente favorable y significativo en los países cuya actividad exportadora estaba principalmente en manos de capitales nacionales (notablemente Argentina, Brasil, Uruguay) en el sector agropecuario; la segunda guerra mundial -que fue, en verdad, la vía de arreglo de la depresión capitalista- propició aquel cambio latinoamericano, fortalecido en el plano ideológico por el ascenso de la burguesía industrialistas y agrarista en asociación con la emergente clase media: **la época de oro del crecimiento endógeno** se prolongó hasta comienzos de la década de los setenta, cuando se manifiestan signos de debilitamiento de esta fuerza de crecimiento, en concordancia con la primera fase de la crisis capitalista de reestructuración del modelo de acumulación que había prevalecido desde la segunda guerra mundial.

Una variante notable de la fase de crecimiento hacia adentro fue la apertura intentada hacia la formación de un mercado común regional, como proyección natural o lógica de la industrialización sustitutiva (crecimiento endógeno o escala regional), con la inspiración del mercado común europeo. Esta variante tuvo su mejor época entre mediados de la década de los sesenta y la década de los sesenta e hizo crisis en la década de los ochenta.

Una nueva etapa del movimiento cíclico singular que trato de describir consiste en lo que pudiera llamarse **nuevo crecimiento exógeno**, con orientación enfática en exportaciones "no tradicionales" y apertura del mercado interior a la "competencia internacional". El escenario en que se desenvuelve esta fase es de profunda crisis en todos los países de la región, con intensidad desigual, y de cambios sustanciales en la economía mundial.

El crecimiento linealista

Puede denominarse así la vía de crecimiento que se inspira en el supuesto de que los procesos económicos están ordenados lógicamente e históricamente en una sucesión de etapas concatenadas, que van de la exportación tradicional (primaria) al crecimiento orgánico (multidireccional), pasando por la sustitución de importaciones y la diversificación del perfil de exportaciones. Los países latinoamericanos no han logrado superar la instancia de la exportación primaria, y la de la sustitución de importaciones está condicionada decisivamente a aquélla, que provee la capacidad para obtener los medios de producción fundamentales, los insumos y bienes intermedios de factura más avanzada y los servicios tecnológicos respectivos. Sin un verdadero cambio estructural no es viable el crecimiento orgánico que se supone el objetivo final: una integración económica nacional que permita el autosostenimiento del proceso y una relación equitativa con la economía internacional. La crisis ha estrechado más aun los límites del mercado interno, ya de por sí insuficientes en razón del perfil progresivo del ingreso, la imposición de patrones de inversión, producción y consumo transnacionales y la ausencia o frustración de vínculos interproductivos e interconsuntivos, como la reforma agraria y la internalización de la explotación de recursos mineros y petroleros, entre otros aspectos. **La dependencia financiera** -cautiverio mejor dicho en función de la deuda externa- y tecnológica, modificadas sensiblemente los últimos quince años, trastocan los eslabones del crecimiento linealista, dejando de lado la culminación necesaria de la industrialización sustitutiva y forzando una apertura incondicional al mercado transnacional que aleja indefinidamente el objetivo del crecimiento orgánico.

Dificultades del nuevo crecimiento exógeno

Dos procesos paralelos pueden observarse en la economía mundial capitalista: 1) una llamada cuarta revolución tecnológica que deja fuera de operación una gran parte de la producción primaria no alimentaria y el empleo de fuerza de trabajo no calificada o de baja calificación, a la par que desplaza hacia arriba el esquema de las necesidades; ii) la resistencia de los países industrializados a permitir una nueva división del trabajo, que amplía y fortalece la opción de los países "en vías de desarrollo" de exportar bienes industriales convencionales (inclusive insumos y medios de producción) en función de ventajas comparativas. El primer proceso oscurece fuertemente la perspectiva de las exportación "tradicional" para nuestros países, que aun es la fuente principal de su ingreso externo. El otro proceso limita drásticamente el acceso a los mercados más ricos de exportaciones "no tradicionales". Si se agrega a estas circunstancias la de que los países industrializados son, al mismo tiempo, productores de alimentos con relativa eficiencia, la viabilidad de un espacio significativo para el crecimiento exógeno de la América Latina, como supone la orientación linealista, es poco menos que inexistente. Una cuarta circunstancia, a la que se hace especial referencial más adelante, el movimiento de reformas que se extiende entre los países de la Europa oriental, que hasta ese momento estaban organizados política y económicamente según los principios del socialismo marxista/leninista, y los cuales representan para el mundo capitalista desarrollado una amplia zona potencial de expansión de comercio, inversiones y dominio tecnológico, puede significar para la América Latina, particularmente, la reducción del atractivo que aun puede tener para la inversión transnacional y para la expansión del comercio, sin embargo, también podría significar, a más largo plazo, la mayor apertura de un nuevo mercado para sus exportaciones, inclusive petróleo,

minerales y alimentos. En este momento no hay una definición clara del rumbo que esas reformas tomarán.

Enquadramiento en la dinámica de acumulación transnacional

El modelo de crecimiento "hacia adentro" con proyección posterior "hacia afuera", en una evolución simplemente lineal, corresponde el modo de acumulación capitalista de postguerra, hasta principios de la década de los setenta, entre cuyas vertientes estuvo cierto redespiegue industrial en la periferia, mediante el desplazamiento hacia ésta de actividades productivas que se habían convertido en "tradicionales" en los centros, o que implicaban la utilización residual de tecnologías amortizadas en los países de origen, o de aquellas que presentaban riesgos de contaminación ambiental. Ese modo de acumulación se sustentaba también en el aprovechamiento de insumos primarios "baratos" y de energía fósil igualmente barata, principalmente petróleo. Por otra parte, los mercados internos "protegidos" permiten a las corporaciones transnacionales establecer cotos cuasicerados de ganancias monopólicas, ya que aquellos se comportaban como mercados cautivos. Así, la industrialización periférica no ha sido una vía autónoma de crecimiento sino inducida, en virtud de las variantes introducidas en la división internacional del trabajo por la estrategia mundial de los supermonopolios. Por ello, a las limitaciones propias, internas, de ese modelo de industrialización, hay que agregar, con énfasis, las derivadas de la crisis del modo de acumulación capitalista prevalente durante el cuarto de siglo que sucedió a la segunda guerra mundial.

CRISIS DEL MODELO "LATINOAMERICANO" Y POLITICA DE AJUSTE

Crecimiento sin desarrollo

Los indicadores macroeconómicos convencionales registraron hasta la década de los setenta en la América Latina un cierto crecimiento, con fluctuaciones coyunturales, identificado con lo que se ha calificado como modernización de la economía y la sociedad. Las características y limitaciones de ese crecimiento han sido indicados en párrafos anteriores. Con frecuencia se le ha denominado modelo "latinoamericano", de inspiración cepalina, expansión de una trilogía aparentemente contradictoria pero en realidad convergente: el reformismo (sin cambio estructural), el desarrollismo (ideología del desarrollo según los patrones de los centros del sistema) y populismo (legitimación a través de mecanismos de compensación y estabilización de las desigualdades socioeconómicas). El propio Prebisch y sus discípulos más lúcidos llegaron al convencimiento de que esa trilogía no podía conducir a un verdadero desarrollo y que ni aun era eficaz para garantizar un crecimiento convencional en el largo plazo. La recurrencia a fuentes supuestamente fáciles de financiamiento privado internacional en la década de los setenta y comienzos de los ochenta, permitió prolongar por un tiempo la agonía del modelo. La agudización de la crisis capitalista mundial entre 1980 y 1981 contribuyó al colapso de aquella vía de crecimiento en la región, lo que se hizo evidente con el estallido de la llamada crisis de la deuda en 1982, detonante de una situación profunda de desequilibrio, que afectaba a las raíces del orden económico y social, fenómeno en pleno desenvolvimiento.

Política de ajuste: ni crecimiento ni desarrollo

La reacción de los círculos de poder ante la crisis ha sido, naturalmente, de mayor subordinación al poder económico y financiero transnacional. La nueva fase de transnacionalización del capital reclama la apertura e integración de los mercados, la consolidación del espacio económico para la operación a escala mundial de las supercorporaciones monopolistas, un escenario vasto y múltiple para la competencia intermonopólica, que se configura como la nueva forma de la competencia. De este modo se desdibuja el concepto de mercado interno y se afirma el de **Internacionalización**, que es en esencia transnacionalización, etapa superior y actual de la acumulación de capital: el mundo sin fronteras económicas, institucionales, políticas o ideológicas. La ofensiva neoliberal, basada en la **teología del mercado**, y la nueva integración de la economía mundial, nos quiere someter a la idea de que es indispensable reproducir, en una nueva perspectiva histórica, la edad de oro decimonónica del capitalismo competitivo, como única salida al fracaso de soluciones correctivas del **automatismo mercantil**: la keynesiana, dentro del sistema y para preservarlo del virus de la crisis irreversible; y la colectivista centralmente dirigida.

La política de ajustes –favorita del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial– se nos ofrece como un cambio estructural, como una revolución institucional, como la única vía de escape a la crisis y de acceso a una etapa de crecimiento estable, sin inflación. El keynesianismo y el socialismo real, se dice, han propiciado el surgimiento de un monstruo, el Estado omnipotente, omnipresente, omnisciente, que no permite el funcionamiento de las fuerzas naturales de la economía y la sociedad, que se apropia recursos sustrayéndolos a la gestión privada y los utiliza indefinidamente, a pérdida, cargando estos sobre costos a la sociedad civil, no bajo la forma tradicional de los impuestos sino en la de los

desequilibrios onerosos que frenan el crecimiento y socavan el bienestar: el externo, el fiscal, el monetario, el de mercado, los cuales se manifiestan en los fenómenos de la inflación, el endeudamiento, la incontinencia monetaria y fiscal, el deterioro de la capacidad productiva, el desajuste entre el ahorro y la inversión, entre otros hechos. Se trata, en consecuencia, de abrir cauce a las corrientes renovadoras del mercado, de la empresa privada, de la libertad económica, de la competencia, de la eficiencia inspirada en el beneficio particular. Y ésto es una "revolución". La experiencia histórica se ignora: la supuesta edad de oro del capitalismo liberal dio abrigo a la concentración y centralización del capital, a la hipertrofia del capital financiero, a la formación de enclaves monopolistas bajo dominio extranjero en las economías primarias de exportación, al intercambio desigual, a la acentuación del perfil regresivo de la economía mundial en que contrastan fuertemente las naciones desarrolladas y ricas y las no desarrolladas y pobres, sobre cuya dicotomía tendió Gunnar Myrdal el manto piadoso de la pretendida existencia de una "clase media de naciones", ni ricas ni pobres, en una estado intermedio en el camino al desarrollo. Lo que entonces, hace más de un siglo, no hizo posible para nuestros países el desarrollo capitalista, ¿por qué ahora habría de ser la salida a la crisis? En un mundo más dispar que del siglo XIX, con un grado mucho mayor de concentración económica, tecnológica, de bienestar y poder, con la supremacía de los supermonopolios, cuál igualdad de oportunidades puede haber en el comercio internacional, en la difusión de los frutos del progreso, en la abreviación de la brecha del desarrollo?

El camino a ese paraíso de la libertad económica se nos presenta cubierto de espinas, de obstáculos, de penalidades, de exigencias de sacrificio, como una ruta de expiación y tormento. Los ajustes "sin rostro humano" implican mayor empobrecimiento, si cabe, para la mayoría popular,

mayor desigualdad socioeconómica, mayor desempleo y subempleo, abatimiento de las defensas de la salud, negación de los derechos sociales, mayor vulnerabilidad externa e interna de la economía, mediatización de la soberanía nacional, pérdida de la identidad nacional, entre otras consecuencias negativas y perversas. La carga de los sacrificios para los trabajadores implica una mayor tasa de explotación, en su doble aspecto: como productores directos y como consumidores. El aliciente es que a la larga —en un futuro indefinido— el aumento de la productividad permitirá el mejoramiento de los salarios reales, bien sea directamente a través del régimen de remuneraciones o bien indirectamente a través del reajuste de los precios de bienes y servicios de consumo. Las experiencias en Argentina, Chile, Brasil, Bolivia, México y Venezuela, entre otras, son dramáticas. Los éxitos del programa se exhiben en la escala de los indicadores macroeconómicos convencionales: balanza de pagos, reducción del déficit fiscal, control de la inflación, aumento del producto bruto interno; sin embargo, otros indicadores, tales como el desempleo, el salario real, el nivel de vida, morbilidad y la mortalidad infantil, entre los de índole socioeconómicos, muestran profundo quebranto. En todos los casos, después de ocho años del estallido de la crisis de la deuda, el índice de endeudamiento externo continúa siendo muy elevado y por lo general ascendente. El índice de desnacionalización de la economía —expresado por la relación entre la inversión extranjera directa más el saldo neto de la deuda externa, por una parte, y el capital fijo existente en el país deudor, por la otra— está en pleno ascenso, que se acentuará más aún en la medida que la política de privatización se haga más efectiva.

CUESTIONAMIENTO DEL DESARROLLO EN SUS CONCEPTOS CONVENCIONALES

La ideología del desarrollo ha sido un patrón cultural de dependencia que se nos impuso como una disciplina del sistema para mantener en funcionamiento un complejo de relaciones internacionales, en virtud de las cuales los beneficios globales del intercambio se distribuyen desigualmente, persistiendo las tasas de acumulación favorables a la reproducción ampliada del capital en los centros, en el escenario de una dinámica tecnológica vinculada a la explotación de recursos primarios. La imagen de la viabilidad de un desarrollo evolutivo dentro del sistema, mediante reformas que no afectaran sus elementos estructurales y con el auxilio del financiamiento externo -que implicaba la subordinación a la división del trabajo propicia a la expropiación internacional del excedente económico- sostenía la esperanza de que nuestros países podían alcanzar por la vía indicada la plenitud relativa del bienestar, cuyo disfrute se exhibía en los estilos de vida de los países ricos, paradigmas del éxito.

La viabilidad de ese patrón de desarrollo se manifestó, en sus aspectos convencionales, en un período de poco más de tres décadas, aunque de manera diferenciada entre los países de la región: continuidad del crecimiento económico (con las fluctuaciones propias de una economía dinámica), diversificación limitada del perfil productivo y de empleo, modernización de los patrones de consumo y aumento del ingreso real por habitante, encubridores de amplias desigualdades de ingreso y bienestar. Ese crecimiento no podía sostenerse en el largo plazo, en razón de sus propias restricciones: i) la sustitución de importaciones carecía de autonomía y racionalidad, ya que para realizarla según ese modelo había necesidad de una creciente capacidad para importar, cuya fuente principal no era otra que la exportación primaria y su fuente complementaria el endeudamiento ex-

terno (debe mencionarse también una cierta exportación "no tradicional"), ambas sujetas a los cambios en la economía capitalista mundial; ii) el mercado interno, que el comienzo del proceso ofrecía un potencial considerable de demanda, no se desarrolló proporcionalmente al crecimiento de la capacidad productiva industrial, en razón de la concentración del poder adquisitivo, la insuficiencia en la generación de empleo y la imposición de escalas tecnológicas excesivas para una demanda limitada; iii) la industrialización en esa forma no generó eslabonamientos internos con otras actividades productivas, por lo que la economía no se integró en sí misma y no aprovechó los efectos multiplicadores y aceleradores emergentes de la expansión del gasto nacional, sino que beneficiaron a las economías metropolitanas; iv) la formación en cada país de un mercado cautivo, internamente fragmentado, dominado por monopolios y oligopolios vinculados a las transnacionales, no propició la eficiencia productiva de las empresas y en los casos en que se obtuvieron incrementos de productividad los beneficios de estos no se difundieron al consumidor sino que reforzaron las ganancias.

La crisis capitalista mundial de las dos últimas décadas determinó una contracción sustancial y persistente de las dos principales fuentes de financiamiento externo del modelo: las exportaciones tradicionales y el crédito; más aun: en lo que se refiere a este último recurso, ha tenido una reversión del flujo financiero neto al detenerse la oferta de préstamos "voluntarios" y exigirse el pago de las obligaciones vencidas, lo que se manifiesta en la paradoja de que países deudores en vías de crecimiento supuestamente se convirtieran forzosamente en exportadores netos de fondos, situación perversa agravada por la cuantiosa y persistente fuga de capital estimulada desde el exterior e inducida por la caída de la inversión interna. Evidentemente, para los países acreedores dominantes este modelo no les garantiza el pago de la deuda ni la recuperación de un mercado para sus exportaciones.

La expectativa de este tipo de desarrollo, frustrado por la crisis, genera patrones de comportamiento viciosos y efectos perversos en la equidad socioeconómica, la salud social y la calidad de vida: mayor desigualdad, aumento del subempleo, de la marginalidad y la pobreza crítica y general, desperdicio de recursos, amplias diferencias intersectoriales de productividad, prevalencia del consumo superfluo sobre el esencial, entre otras manifestaciones de desequilibrio y deformación económico/social. Durante esa etapa desarrollista hemos tenido crecimiento pero no desarrollo.

El desarrollo: falacia o mito

En virtud de lo anterior procede la pregunta ¿es el desarrollo un invento de economistas y políticos o una necesidad irrenunciable de la sociedad? Si se toma como paradigma el desarrollo de los países ricos y poderosos y se considera que sus magnitudes significativas y características funcionales se alejan cada vez más de las nuestras, particularmente en la década de los 80, perdida para "el desarrollo", esa situación se presenta como una utopía para nosotros. La concentración de fuerzas económicas y tecnológicas, de riqueza y bienestar, de poderío financiero y político en regiones determinadas del mundo, con intensidad creciente, en tanto que en otras, incluida la América Latina, se acentúa la insuficiencia económica, la inequidad social y se profundiza la pobreza, el subdesarrollo en suma, permite y obliga a la reflexión acerca de una rectificación fundamental, que tiene que tomar como punto de partida la **crítica de la concepción de desarrollo**, que conduzca a una revisión de objetivos y rutas, a una revaluación de medios y modos de alcanzarlos, a una reestructuración del quehacer económico y de la axiología social. Para esta reflexión crucial no basta el conocimiento puramente económico: hay necesidad de una integración de las disciplinas sociales; ni siquiera podemos asumir que la economía tiene un contexto político, cultural,

humanístico, porque en la compleja fenomenología de la crisis -dentro de la crisis genérica que es el subdesarrollo- todo está imbricado, todo está vinculado, como nunca antes en el pasado. Es la aspiración a una **ciencia social única**, en contraposición a la división funcionalista de la ciencia de "lo humano".

Crisis del pensamiento económico

Un fenómeno tan devastador como la sumersión de la América Latina en la crisis más grave de su historia no puede dejar de afectar hondamente al estado del conocimiento científico social de la región, particularmente en relación con la aptitud de ese conocimiento para concebir y formular una alternativa viable y convincente, tanto frente al neoliberalismo fondomonetarista como a reformismo desarrollista/populista. Al criticar al monetarismo neoliberal sin ofrecer otras vías de solución de la crisis, se facilita la defensa de los postulantes y practicantes de aquella doctrina y mostramos un cierto grado de incompetencia en cuanto a la creatividad del pensamiento. La crítica debe extenderse a las vías de transformación que en el pasado -tan lejano, visto desde la pendiente de la crisis- se construyeron y siguieron con tanto empeño. Al pretender la formulación de un modelo latinoamericano de pensamiento y acción transformadora no logramos emanciparnos del paradigma capitalista ni del socialista "real"; las variantes han ido desde el capitalismo reformado, o corregido, hasta el socialismo adaptado a nuestra realidad. Concebimos el subdesarrollo, entonces, como una barrera para alcanzar el desarrollo en sus dos acepciones paradigmáticas: capitalista o socialista. Al tener que considerar, simultáneamente, la crisis capitalista y la socialista, como fenómeno coexistentes y hasta cierto punto interdependientes, la perplejidad, por decir lo menos, nos inhibe para encontrar una salida propia, independiente y, de cierto modo, inédita. Quizá el desenvolvimiento de la **crisis de los**

paradigmas nos permite enriquecer nuestro acervo de opciones transformadoras. ¿Hacia dónde va el capitalismo? ¿Hacia dónde va el socialismo? El capitalismo ha mostrado un elevado potencial para la renovación de su propio desarrollo, manteniendo los elementos estructurales de su establecimiento. Las llamadas revoluciones tecnológicas, en un amplio espectro que cubre todo el ciclo del capital, abren cada cierto tiempo, en la escala secular, múltiples e ingentes oportunidades para la expansión y la profundización del capital y el contenido mismo de éste se modifica. Ahora mismo está ocurriendo uno de esos procesos trascendentes que envuelven, sin embargo, un alto riesgo: el sistema no ha podido liberarse de las fluctuaciones coyunturales ni del temor al colapso. Por otra parte, el socialismo sufre una conmoción sin precedentes en los setenta años de su vida histórica: acaso sea la primera gran crisis que enfrenta y, como toda crisis, tiene una salida y un riesgo, una lucha entre las fuerzas que intentan destruirlo y las que procuran su renovación para alcanzar una etapa superior de desarrollo. Ambas crisis, interrelacionadas, no nos son ajenas, nos afectan directa y profundamente y cualquiera que sea la solución de nuestra propia crisis -no aislada ni autónoma en el escenario del mundo- tendrá que ser en alguna medida y en algún modo influida muy fuertemente por el desenlace de aquellos procesos.

La apreciación de la crisis del pensamiento latinoamericano no implica la negación absoluta de las aportaciones hechas al diagnóstico de nuestra realidad, al conocimiento de nuestra situación estructural y de las modalidades coyunturales que reflejan nuestra relación con el capitalismo transnacional. Conviene, sin embargo, revisar conceptos y criterios que hasta ahora hemos tenido como variaciones bien asentadas, aunque en todo caso sean verdades relativas. Por vía de ejemplos mencionaré dos de esos conceptos: el de **subdesarrollo** y el de **periferia**.

La periferia en la dinámica actual del sistema

Sin llegar a la afirmación de que está en crisis la concepción centro/periferia, tan innovadora y concientizadora en su época, puede observarse que las relaciones entre los dos componentes del sistema -el primero y el tercer mundo- han sufrido modificaciones muy importantes, aun en curso, que obligan a replantear el papel de la periferia en la dinámica actual del sistema. No intentaré en este bosquejo profundizar ese hecho, digno de un estudio detenido, sino que me limitaré a indicar algunos de sus aspectos más connotados. Bien sea por efecto de la crisis latinoamericana o bien por la transformación que sufre el capitalismo central, lo cierto es que la periferia pierde significación como mercado importador de bienes, como lugar de realización de plusvalía generada en las instancias productivas, como fuente de excedente expropiable internacionalmente, salvo lo que se relaciona con la deuda externa. Los flujos comerciales tienden a concentrarse cada vez más en los circuitos rectores del mercado mundial circunscrito por el capitalismo y su incidencia en la periferia es poco más que tangencial. El desarrollo tecnológico acelerado multiplica la gama de las necesidades esenciales y las oportunidades de sustitución entre bienes y servicios, pero despoja a la periferia de medios de acceso a esa oferta, lo que amplía y profundiza el desequilibrio entre ambos componentes, sin proporcionar los correctivos o compensaciones para aliviarlo o superarlo. Por otra parte, el centro requiere cada vez menos de la periferia para su operación productiva, en cuanto a materias primas naturales y alimentos, en virtud de la sustitución de materiales primarios por los secundarios, inclusive energéticos. Una nueva división del trabajo circunscrita virtualmente a los centros y sus asociados deja prácticamente sin opción, dentro del sistema, a la periferia. Sin embargo, la relación centro/periferia prosigue, con una conversión: la deuda externa, de magnitudes sin precedentes, crecientes, de características hetero-

doxas envuelve un riesgo grave para la estabilidad financiera y política del sistema. Esta relación ofrece dos facetas principales: una es que los acreedores, hasta ahora, tienen a la deuda como **arbitrio rentístico**, lo que permite extraer excedente real de los deudores; otra, que la **impagabilidad del principal de la deuda**, suficientemente demostrada, implica la necesidad de una reestructuración de los mecanismos financieros en los centros y sus vinculaciones con la periferia, lo que de algún modo afecta a la acumulación financiera de aquellos. Para nuestros países se trata de **una nueva servidumbre**, de una situación de cautiverio y de un obstáculo al desarrollo. Quizá estemos dejando de ser periferia primaria y comercial, para entrar a ser **periferia financiera**, situación más ominosa que la tradicional, pues mal que bien obteníamos a través del intercambio desigual un acceso al producto de los países centros que nos permitía diversificar y complementar la oferta interna de bienes; pero con la nueva relación deuda exportación lo que resulta es una sustracción real de la escasa oferta interna, mediante un esfuerzo exportador emergente que grava el abastecimiento doméstico, en tanto que la importación, incluso de lo esencial, se contrae forzosamente, lo que afecta no sólo el flujo de producción sino también al potencial de crecimiento; todo ello para generar un excedente comercial que permite sufragar el servicio de la deuda.

No obstante lo anterior, puede señalarse que los centros han encontrado una manera de mantener atada a la periferia, no sólo en el cumplimiento de las obligaciones de la deuda sino también en la disciplina dentro del sistema: es la llamada política de ajustes, a la que ya me he referido. Esta se ofrece como una vía de escape a la crisis, como la única posibilidad de abatir la inflación y retomar la senda del crecimiento. Sabemos que en vez de una transformación, de lo que se trata es de reafirmar y profundizar el **capitalismo periférico**, una modalidad degradada del capitalismo, para que

haga juego con las orientaciones y exigencias actuales y futuras del sistema en su etapa de transnacionalización avanzada.

¿Mayor subdesarrollo o negación del subdesarrollo?

Sin duda una nueva situación se presenta en la vida latinoamericana: aparte de la servidumbre financiera no está definido el papel que el capitalismo transnacional pretende imponernos para su estrategia de integración y dominación mundial, por los momentos quedamos como una pieza suelta que debe ser engranada según las necesidades de aquella expansión. El paradigma capitalista se desdibuja en la perspectiva, lo que puede interpretarse como la obsolescencia del concepto de subdesarrollo que hemos sustentado. Si el capitalismo está en crisis -o la entera economía mundial, y más aun el orden mundial- el subdesarrollo como reverso del desarrollo capitalista está en crisis. El Tercer Mundo, si alguna vez tuvo unidad conceptual o ideológica, se desintegra para reintegrarse desigualmente en una nuevo orden mundial, aun indefinido. Es posible que la estructura compuesta por los "mundos" ordinales deje de tener validez y habría que inventar un nuevo modo de distinguir las situaciones que resulten de aquel nuevo orden mundial. Los países que hasta ahora se consideran como parte del Tercer Mundo se reincorporan selectivamente al sistema de relaciones internacionales o interregionales que resulte de la crisis, y algunos quedarán completamente rezagados, o marginados, o condenados. **La crisis de Identidad**, de soberanía, de conciencia nacional, afecta también a la unidad latinoamericana. Si cada país trata de sobrevivir pragmáticamente -y el señuelo de la competencia tiene un sentido ominoso de incondicionalidad ante la imposición de desmantelamiento de fronteras nacionales o defensas de la autoestimación de las naciones- el objetivo de la integración regional será cada vez más un juego declarativo antes que una voluntad efec-

tiva para superar juntos la crisis. Por otra parte, la competencia entre los bloques de poder económico -¿Europa Unida? Japón y los dragones del Pacífico, Norteamérica- harán del escenario latinoamericano un campo abierto si Estados Unidos no puede consolidarlo como "su patio trasero".

Desde otro punto de vista, si entendemos el subdesarrollo como brecha o rezago con respecto a la situación de los países industrializados (mejor sería decir **tecnologizados**), la crisis nos conduce a un mayor subdesarrollo y el círculo vicioso en que interaccionan los factores del desequilibrio tiende a perpetuarse, negándose toda posibilidad de alcanzar alguna vez el desarrollo según el paradigma capitalista. Sin duda alguna ese círculo vicioso debe ser roto y la crisis es una oportunidad.

LOS CICLOS HISTORICOS DEL PENSAMIENTO Y LA PRAXIS

Parece como si la historia se repitiera en ciclos largos, aunque con modificaciones significativas, con especial referencia al pensamiento económico y la praxis correspondiente. Al mercantilismo intervencionista de la etapa preindustrial le sucedió la doctrina liberal clásica, parcialmente enmendada después y afinada por la escuela neoclásica; ante el fracaso del liberalismo económico en la década de los treinta de este siglo, las esperanzas se centraron en el keynesianismo/rooseveltismo, por una parte, y en el marxismo/leninismo por la otra; como ruta posible para superar el subdesarrollo se escogió la indicada por los economistas del desarrollo: Prebisch, Singer, Hirschman, Nurkse, Myrdal, entre otros; ahora, ante el supuesto fracaso de estas soluciones se levanta de nuevo la ortodoxia liberal, remozada y puesta al día por los economistas de Chicago y del Fondo Monetario Internacional. Todas estas corrientes teórico/políticas han dejado algún aporte para una solución real de la crisis y el

subdesarrollo. No hay que inventar al mundo, porque existe; sólo hay que ordenarlo, de acuerdo con las nuevas circunstancias, humanizarlo, según la más imperativa razón: la del bienestar del ser humano, sin la cual todo sistema, o modelo, o estrategia, carece de sentido y de justificación.

EL AJUSTE "CON ROSTRO HUMANO"

La política de ajuste fondomonetarista, neoliberal, considera a la economía como un mecanismo cuyos desperfectos pueden ser reparados mecánicamente, valga la redundancia, siguiendo un manual de instrucciones y utilizando una caja de herramientas. El proceso de las reparaciones -ajustes- puede ser observado en un instrumental electrónico (equipo de computación). Los efectos sociales, humanos, de esos ajustes no son contemplados en el modelo: compensarlos o enmendarlos sería la función de la política social. Sin embargo, estos efectos pueden llegar a poner en peligro el programa de ajustes, pues tienen la fuerza que procede de la razón humana de sobrevivir; como no se puede ignorar o subestimar persistentemente a la realidad, se ha convenido en suavizar o aliviar estos efectos **perversos** mediante programas y márgenes de tolerancia. Se ha dado en llamar a estas modificaciones permisivas "ajuste con rostro humano": el FMI se ha hecho más "comprensivo". Sin embargo, la carga negativa que genera el ajuste y la re-conversión -de una economía mixta benefactora o centralmente planificada a una de mercado abierto- supera a los auxilios y providencias que puedan aplicarse para prevenir el estallido social; más allá está la destrucción física y mental de las nuevas generaciones humanas, sometidas a privaciones, carencias vitales, tensiones afectivas que lesionan irreversiblemente al ser humano en formación y crecimiento. **¿Quiénes se hacen responsables de este crimen de lesa humanidad?**

LAS OTRAS OPCIONES A LA CRISIS

No es cierto que la crisis nos haya dejado sin más opción que la apertura incondicional al libre juego del mercado. Considero que la crisis del socialismo "real", europeo, abre camino a una transformación que aproxime a la era de libertad y superación de la necesidad que es la esencia de la utopía marxista. El socialismo se entiende como la posibilidad y necesidad de un orden sustentado en la plenitud del desarrollo humano y como tal nunca puede dejar de ser una alternativa para el ascenso de los pueblos al dominio de sus vidas. Pero el socialismo no es un recetario para todas las situaciones: hay que interpretarlo y adaptarlo a cada realidad, en cada momento histórico. La propia experiencia latinoamericana -y en general del Tercer Mundo- es rica en peculiaridades que pueden ser incorporadas en un nuevo proyecto de organización social y de producción.

Desmantelarnos de mitos y falacias

Hay que comenzar por despojarnos de mitos y falacias que limitan y envician nuestros esquemas mentales. La pretendida unicidad del desarrollo es uno de ellos. Hay diferentes desarrollos y diferentes modos de lograrlos. Tenemos que elegir nuestro desarrollo como autoparadigma, es decir, como la conjunción de objetivos propios, viables, de crecimiento, bienestar y equidad. Esto no significa la prescindencia absoluta de elementos de progreso y conocimiento científico/tecnológico realizados en otros escenarios y dimensiones; sólo que deben ser incorporados, ajustándolos, en una óptica diferente de desarrollo. frente al individualismo ego-céntrico (homo economicus) hay que preconizar el individualismo solidario, sociocéntrico, del individuo como sujeto y objeto de la acción social integral. La coincidencia necesaria del desarrollo individual y social -paradójicamente, la mejor interpretación del pensamiento liberal de A. Smith- es posible

si se replantea la categoría de necesidad, despojándola de la alienación mercantilista, y se libera al trabajo -al trabajador- de su carácter histórico de mercancía para revalorizarlo como factor de bienestar, libertad y derecho inalienable. Hay que dar relevancia a la categoría de utilidad macroeconómica del esfuerzo productivo y de la demanda agregada, en que determinados bienes y servicios pueden ser considerados redundantes o inadecuados para la optimización social de la utilidad y el producto. El concepto de heterogeneidad estructural, expresión del subdesarrollo, puede ser transformado para incorporar diferentes modos de organización y producción, dentro de la integración positiva de una formación económica/social. La jerarquía de las necesidades debe ser reordenada y también los recursos y fuerzas productivas en función de aquéllas y de los objetivos del orden social. En una concepción humanista del desarrollo, no economicista, la crisis podrá ser vencida y una nueva era de progreso, bienestar, equidad, y libertad se abrirá para nosotros.

RESUMEN Y CONCLUSIONES

1. Los cambios acelerados que ocurren en el mundo contribuyen a profundizar y complicar el fenómeno de la crisis latinoamericana,

2. La ideología de la crisis está rezagada ante la explosiva dinámica que sacude los cimientos de la economía política. Se requiere una renovación del pensamiento económico, social y político, una nueva ideología de la crisis que estimule las expectativas de cambio.

3. El síndrome de la deuda externa condiciona la lucha ideológica y limita el pensamiento renovador latinoamericano. La ideología de la crisis se replantean y organiza en torno a ese síndrome. Sería lícito hablar de una crisis de

la ideología de la crisis, así como también de otras crisis de ideologías.

4. La crisis global latinoamericana implica la crisis de la ideología del desarrollo, entendidas ésta como la su puesta viabilidad y deseabilidad de un cierto desarrollo capitalista, cuya pauta va del desarrollo hacia adentro al desarrollo hacia afuera, en una concepción linealista del proceso económico.

5. Tardíamente se entendió, por imperativo de los hechos, que sin un proyecto autónomo de desarrollo la vía capitalista sólo podía conducir a la crisis. En estos tiempos la ideología del desarrollo en la periferia, como capitalismo subordinado a la dinámica de los centros, sufre la crítica de la crisis y el reformismo desarrollista/populista queda indefenso ante el neoliberalismo.

6. La orientación unidireccional del crecimiento económico ha sido una característica latinoamericana desde la colonia hasta nuestros días. El crecimiento linealista, otra forma de denominar esa orientación actualizándola, se inspira en el supuesto de que los procesos económicos están ordenados lógicamente e históricamente en una sucesión de etapas concatenadas, que van de la exportación primaria tradicional al crecimiento orgánico (multidireccional), pasando por la sustitución de importaciones y la diversificación del perfil exportador.

7. La dependencia financiera, o cautiverio, en función de la deuda externa, deja de lado la culminación necesaria de la industrialización sustitutiva y fuerza la apertura incondicional de la economía, alejándose así indefinidamente el objetivo del crecimiento orgánico.

8. Dos procesos pueden observarse en la economía mundial capitalista: la cuarta revolución tecnológica y la resistencia de los países industrializados a permitir una nueva división del trabajo que amplíe y fortalezca la opción de los países "en desarrollo". Hay que considerar, además, las reformas que se extienden en la Europa oriental socialista, la cual representa para el mundo capitalista desarrollado un amplio potencial de expansión de comercio, inversiones y dominio tecnológico. Esta última circunstancia también podría significar, a largo plazo, la mayor apertura de un nuevo mercado para la América Latina.

9. El modelo latinoamericano de crecimiento correspondió al modo de acumulación capitalista de post-guerra, hasta principios de la década de los setenta. Este modelo, de inspiración cepalina, es la expresión funcional de una trilogía: el reformismo (sin cambio estructural), el desarrollismo (ideología del desarrollo) y populismo (legitimación socioeconómica). La transformación que sufre el modo de acumulación capitalista central deja fuera de operación al modelo latinoamericano.

10. La reacción de los círculos de poder en la región ante la crisis ha sido y es de mayor subordinación al poder económico y financiero transnacional. La ofensiva neoliberal, basada en la teología del mercado, nos quiere someter a la idea de que es viable reproducir, en una nueva perspectiva histórica, la edad de oro del capitalismo decimonónico.

11. La política de ajuste se nos ofrece como un cambio estructural, como una revolución institucional, como la única vía de escape a la crisis. Ello significa una nueva alineación. Cabe preguntar si lo que entonces, hace más de un siglo, no hizo posible para nuestros países al desarrollo capitalista, cómo ahora podría ser la salida a la crisis?

12. La ideología del desarrollo ha sido un patrón cultural de dependencia que se nos impuso como disciplina del sistema para mantener en funcionamiento un complejo de relaciones internacionales en virtud del cual los beneficios reales del intercambio se distribuyen desigualmente en favor de los centros, en un escenario tecnológico vinculado a la explotación de recursos primarios. Ahora, la política de ajuste intenta sustituir a aquella ideología, para corresponder a la nueva etapa de la acumulación capitalista.

13. Procede la cuestión: ¿es el desarrollo un invento de economistas y políticos al servicio del poder o una necesidad irrenunciable de la sociedad? Para propiciar una respuesta hay que tomar como punto de partida la crítica de la concepción de desarrollo, que debe extenderse a las vías de transformación que en el pasado se construyeron y siguieron con tanto empeño. En el modelo latinoamericano no logramos emanciparnos de los paradigmas: capitalista o socialista "real". Ahora, quizá, ante la crisis de ambos, podemos encontrar un nuevo camino, propio, independiente, no desarrollista.

14. La apreciación de la crisis del pensamiento latinoamericano no niega las aportaciones hechas al diagnóstico de nuestra situación estructural y de las modalidades coyunturales que reflejan nuestra relación con el capitalismo transnacional, por los teóricos de nuestros países; pero hay que revisar conceptos, categorías y experiencias. Por vía de ejemplo puede indicarse la concepción centro/periferia, requerida de revisión a la luz de los cambios actuales. Quizá estemos dejando de ser periferia primaria y comercial para entrar a ser periferia financiera, situación que exige un nuevo tipo de relaciones con los centros que permita la viabilidad de este papel.

15. La crisis determina un mayor subdesarrollo o niega al subdesarrollo? El paradigma capitalista se desdibuja en la perspectiva, lo que puede interpretarse como la obsolescencia del concepto de subdesarrollo: si el capitalismo y el orden mundial como un todo está en crisis, el subdesarrollo como reverso del desarrollo capitalismo está en crisis. Si entendemos el subdesarrollo como brecha con respecto a los países industrializados (o tecnologizados) la crisis conduce a un mayor subdesarrollo, lo que supone la redefinición del papel de la periferia en el nuevo orden mundial.

16. El ajuste con "rostro humano" pretende neutralizar los efectos perversos de orden social y político con programas de compensación o alivio socioeconómico. Sin embargo, la carga negativa que genera el ajuste y la reconversión supera a los auxilios que puedan aplicarse para prevenir el estallido social. Se trata de un genocidio sin muerte física, la degeneración física y mental de las nuevas generaciones. ¿Quiénes responden por este crimen de la humanidad?

17. No es cierto que la crisis nos ha dejado sin opción diferente de la apertura incondicional al libre juego del mercado. Debemos despojarnos de mitos y falacias, como la unicidad del desarrollo. Hay distintos desarrollos y podemos tener un autoparadigma. Se trata de encontrar una nueva ruta, propiamente latinoamericana, y de cada país en particular, en base de nuestros recursos, principalmente el ser humano, y de una jerarquía de necesidades que optimice la utilidad macroeconómica social y la realización plena de nuestros pueblos.

